

## LAS PALABRAS DE LA FELICIDAD: NUEVOS PARADIGMAS EN LOS ESTUDIOS FILOLÓGICOS

### THE WORDS OF HAPPINESS: NEW PARADIGMS IN PHILOLOGICAL STUDIES

**Juan Antonio GÓNZALEZ IGLESIAS**

Universidad de Salamanca

**Antonio PORTELA LOPA**

Universidad de Burgos

**Borja CANO VIDAL**

Universidad de Salamanca

**A**unque la felicidad no se decide únicamente en las palabras, lo cierto es que las palabras son decisivas para la felicidad. Parece que el asunto pertenece al dominio de la ética, y en nuestra época a la psicología, pero la felicidad es un asunto eminentemente poético. Las palabras de la felicidad son literarias. Cuando se dice cuándo se celebra cuándo se añora en primera persona entonces el discurso es poético. Las palabras de la felicidad son decisivas no solo en la variada gama de términos que la designan sino en el uso mismo que se da o no en una determinada cultura a este concepto. Pueden examinarse las definiciones de felicidad en los diccionarios y entonces la cuestión se vuelve lexicológica. Puede analizarse en distintos textos y entonces nuestro acercamiento sería semántico pero la felicidad no es únicamente objeto de estudio, sino que pertenece directamente a la vida. Cuando el lenguaje nombra directamente la vida estamos ante la poesía. Más que comparar distintas definiciones del término nos hemos propuesto comparar distintos enunciados en los que el lenguaje dice la felicidad o es la felicidad o se acerca a ella. en distintos idiomas en distintas épocas con autores y géneros literarios diferentes creemos que la comparación puede resultar fructífera para alumbrar desde nuestra perspectiva un cruce de distintas líneas felices de distintas literaturas. En ese punto común puede que habite la felicidad como en la inscripción clásica que acompañaba las imágenes priápicas: *Hic habitat felicitas*. El enfoque comparatista se vuelve así una suerte de lexicología ampliada en la que cada texto poético o literario funciona como la amplificación espectacular del se terminó en esa literatura y en esa época.

Precisamente el enfoque comparatista nos hará ver que no sólo deben relacionarse los nombres de distintos idiomas, épocas y culturas. A veces, en este asunto de la felicidad, habrá que comparar el vocabulario selecto de la alta cultura literaria con el léxico de la cultura de masas, para acabar analizando el uso político que puede tener un vocablo poético. Un ejemplo reciente: en la década de 1970 Singapur cambió el nombre a una pequeña isla de su territorio. Pulau Blakang Mati («la isla detrás de la muerte», en malayo) pasó a denominarse Sentosa, que en malayo viene a significar «tranquilidad, lugar de la felicidad invulnerable a los infortunios exteriores». Sería algo parecido a tener una isla griega —en medio de las Cícladas, imaginemos— llamada Ataraxia. O una isla romana llamada Serenitas. Quizá el mejor correlato sea la isla de Gozo, bautizada así por los aragoneses en el Medievo, que ha terminado siendo un destino turístico paradisiáco. En el caso de Sentosa, esa operación de resemantización del lugar permitió dirigirlo a un turismo de calidad. Y, por último, la convirtió en sede ideal de un sorprendente encuentro internacional orientados hacia la paz. En junio de 2018 dos líderes tan extremadamente hostiles como Donald Trump y Kim Jong-un estrecharon sus manos en ese punctum geopolítico marcado por un nombre nuevo altamente simbólico.

Hace algunas décadas, y con un panorama no tan distante del actual, Sigmund Freud sentenciaba en *El malestar de la cultura* que «el plan de la “Creación” no incluye el propósito de que el hombre sea feliz» (1979: 20). Algunos siglos antes, el poeta griego Alcman expresó algo parecido de un modo muy distinto: «Feliz el que puede cumplir un día sin lágrimas». Que un psicoanalista moderno coincida con un poeta arcaico tiene muchas consecuencias para el comparatismo. Quedémonos con dos: el carácter arcaico de nuestro momento, y el pesimismo que ha traído el agotamiento de la modernidad. Frente a ello, hay algunos vislumbres esperanzadores en los acercamientos últimos más audaces. Hablamos de escrituras que recuperan la felicidad, pero hablamos también de modelos nuevos de lecturas, que extraen de los temas clásicos proyectos que consideramos atractivos para nuestros conciudadanos. Esos nuevos paradigmas filológicos complementan las creaciones más auténticas, sean novedosas o tradicionales, que a la larga todas son ambas cosas, como hemos demostrado, creemos, en el conjunto de artículos reunidos en este volumen.

La persistente aspiración que la felicidad ha representado para el individuo supone una meta más que contrastada desde todos los puntos de vista posibles. Todas las civilizaciones, en sus respectivas lenguas, han concedido al menos uno o incluso varios términos para designar el estado de satisfacción, tanto física como espiritual, que el término de ‘felicidad’ expresa en su acepción más contemporánea. Las palabras de la felicidad, entonces, son varias y variadas, especialmente si consideramos su estudio desde una perspectiva historiográfica; sin embargo, de lo que no cabe duda es que la etimología de su objetivo es común a todas las expresiones. Por ejemplo, en los últimos tiempos un término escandinavo parece haberse impuesto como reclamo editorial y publicitario. Se trata de la palabra danesa *hygge*, consistente en la felicidad que se deriva de los placeres simples, especialmente si se experimentan en el hogar. Entre las muchas traducciones que parece tener destacan las de «acogedor» o «amistoso», pero también la de «cálido». En España ya llamábamos a esto desde hace mucho tiempo «estar a

gustito». Pero esta idea ya la recogía otro hispano, Marcial, cuando reclamaba en uno de sus más felices epigramas «una equilibrada / sencillez».

¿Qué sucedió en los orígenes de Occidente? El mundo griego oscila entre la *eudaimonía* y la *ataraxia*. En la imperturbabilidad epicúrea (y estoica) se cifra un anhelo de doble ramificación. Por un lado, la imperturbabilidad es un atributo de los dioses. Por otro, ese anhelo es compartido con algunas tradiciones orientales, como el budismo. La exploración detenida de la tradición clásica que viene de Grecia funcionará como un factor de modernización para un Occidente exhausto. Nos acercará a lo divino y a Oriente, que a veces parecen sinónimos. Por otra parte, en la entraña ética y poética de Occidente se mantiene el deseo de una felicidad tranquila. En latín el término *felicitas* está volcado del lado de la fertilidad, del cumplimiento generoso, que es una de las facetas del concepto. En cambio, *beatitudo* resulta ligeramente alejado de lo concreto. Suele darse como equivalente de «felicidad» la fórmula *vita beata*, que Séneca utilizó para su célebre diálogo. En el transcurso irregular de una existencia humana es donde se puede comprender la felicidad. *Vita facta momentis*, según el adagio latino. Pues bien, los momentos de los que está hecha la vida le incumben a los poetas, a los escritores en el sentido más amplio. Otra manera de mostrar en detalle el cumplimiento feliz de la vida humana se localiza en el *Beatus ille*, poema convertido en tópico. Se trata de un *makarismós*, la fórmula griega para celebrar la felicidad de aquel que siempre se encuentra distante de nosotros. Si el *beatus ille* evita los sinsabores, el *carpe diem* invita a probar los deleites. Anverso y reverso del denario de la felicidad, acuñados ambos por Horacio en una moneda ajena al desgaste de los siglos. En ese gusto tan romano por lo concreto, que los occidentales hemos heredado, no debemos olvidar que la serenidad es el fruto dulce de la cultura humanística, la *Humanitas*, cuya expresión última es la sonrisa en el semblante de los que la han alcanzado casi sin enterarse, como mostró Virgilio en el final de la Bucólica IV.

En este vaivén entre Occidente y Oriente, determinante para nuestra actualidad, y no solo para la actualidad cultural, destaca un hecho como el ocurrido en 2012, año en el que tras ciertas medidas entre las que destacó la inclusión del concepto de Felicidad Interior Bruta por parte de un pequeño reino del Himalaya denominado Bután, la ONU decretó el 20 de marzo como el Día Internacional de la Felicidad. Sin duda, era la constatación definitiva del triunfo del bienestar como meta más alta a la que puede llegar una sociedad plena. Recordemos que ya fue consciente de la importancia de esta aspiración Thomas Jefferson, que en la Declaración de Independencia de 1776 enumeró tres derechos fundamentales del hombre. Aquella tríada forma hoy la unidad indivisible sobre la que se asienta la democracia moderna: «la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad». Muy pocos años después, todavía en el momento inaugural de las Constituciones ilustradas, la española de Cádiz de 1812 enumeraba en uno de sus artículos primeros: «El objeto del Gobierno es la felicidad de la Nación, puesto que el fin de toda sociedad política no es otro que el bienestar de los individuos que la componen».

Desde entonces, procedimientos similares han sido asumidos desde campos del conocimiento tan diversos como la economía, el urbanismo, la salud o las políticas medioambientales; proceso del que, sin duda, la cultura, y más concretamente el campo literario, no se muestra indiferente. No es otro,

pues, el objetivo de este monográfico, que desde la condición de crisol de corrientes culturales e intelectuales que posee la literatura y la funcionalidad de los actos de la imaginación literaria para desvelar la realidad intrínseca del individuo pretende acceder a un estudio de carácter interdisciplinar y abarcadoramente diacrónico de la felicidad en relación con la literatura. Su utilidad social en el devenir cotidiano del ciudadano y su búsqueda del bienestar propio y también ajeno, lejos de todo discurso desfavorecedor de la utilidad de la literatura, es algo en lo que insiste la reciente obra de Nuccio Ordine, quien reivindica en *La utilidad de lo inútil* (2016) lo prescindible de las palabras en un mundo atravesado por una sensación de inestabilidad que asola todos los órdenes.

Así pues, y reclamando el triunfo de una lógica sensible que pugne frente al ya desgastado racionalismo científico, la felicidad y las palabras están ahí; tan solo debemos buscarlas. La cultura contemporánea, pues, ha recibido múltiples significados y significantes en los últimos años entre los que destaca su condición de vulnerabilidad, ante la que surgen una serie de actos o claves de resistencia que promueven la gestación de una nueva sensibilidad que, desde los productos culturales, fomenten formas de solidaridad encaminadas al progreso social. La pertinencia e innovación de este tipo de estudios radican en la especial relevancia que han adquirido tales temas en el panorama occidental de los últimos tiempos, especialmente tras la ola de ataques terroristas y la crisis financiera de 2008.

Desde este planteamiento, surge el proyecto de investigación *Felicidad y literatura: eficacia social del discurso literario*, financiado por la Conserjería de Educación de la Junta de Castilla y León a través del programa IB de la Universidad de Salamanca. Iniciado en el año 2016 y en vigencia actualmente, tiene por objeto el estudio de la felicidad en el texto literario, desde la Antigüedad grecolatina hasta las escrituras en español de mayor contemporaneidad. Se trata, pues, de recuperar y actualizar dicha noción desde la perspectiva clásica, que lo asocia con la belleza, en aras de buscar un rendimiento actual a la literatura, tanto en su cumplimiento individual como social. Desde ello, el equipo de trabajo concentra sus esfuerzos en los distintos planos del lenguaje, desde la belleza formal hasta la utilidad terapéutica, pasando por los aspectos éticos o psicológicos de la felicidad. El campo de estudio es, en definitiva, el *logos* literario.

La satisfacción de los resultados obtenidos y la necesaria pero eficaz colaboración entre los distintos investigadores que integran el proyecto llevó al mismo a la celebración del Coloquio Internacional *Felicidad y sus Literaturas*, celebrado en Salamanca los días 13 y 14 de enero de 2017 y en el que contamos no solo con la participación de gran parte de los miembros del proyecto, sino también con invitados de gran calidad que enriquecieron la difusión y el conocimiento de nuestro principal objeto de estudio: la felicidad en relación con la literatura. Los trabajos presentados en aquel momento y los comentarios, notas u observaciones que con el desarrollo posterior se llevaron a cabo, integran finalmente este monográfico cuyo carácter, eminentemente diacrónico, ofrece un primer acercamiento que abre caminos en los estudios filológicos más recientes e inaugura una senda cuyo recorrido muestra un notable rendimiento.

Este monográfico lo inicia Juan Antonio González Iglesias con el artículo «El *Odi Profanum Volgus* de Horacio y su imitación creativa en la *Agorafobia* de Francisco Fortuny», donde acude a la

Oda 3,1 de Horacio para no solo estudiar el sustrato filosófico acerca de la felicidad que contiene, sino que avanza un paso más y examina la peculiar traducción (verdadera creación prodigiosa) que Francisco Fortuny realiza de la misma en *Agorafobia*. En esta línea que conecta la Antigüedad grecolatina y demuestra la efectividad de trasladarla hasta nuestros días —donde mejor se comprobará la rabiosa actualidad de las palabras de nuestros clásicos—, cabe situar también el estudio de Alba Blázquez Noya, quien en «Felicidad y voces de mujeres en *Heroidas* de Ovidio» aborda el estudio de las diversas variaciones que el tema de la felicidad muestra en la citada obra y, especialmente, cómo tales planteamientos se representan mediante las voces de figuras femeninas.

Precisamente en una época que retoma tal espíritu grecolatino, surge el tratado filosófico al que acude Santiago Arroyo Serrano en el trabajo «Felicidad y pensamiento en el Renacimiento español: el caso de la *Nueva Filosofía de la Naturaleza Humana* (1587)», donde analiza la importancia de la felicidad que, en el caso concreto de la obra estudiada, vincula los estados de ánimo del individuo con la salud. Así, los ejercicios espirituales filosóficos que en la Antigüedad clásica acercaban al individuo a la felicidad, se recuperan en el Renacimiento español y en el caso concreto de este tratado para demostrar no solo la vigencia y la recuperación de aquellos temas, sino también su tradición. En el sereno camino a través de los siglos que recorre este monográfico, aparece el trabajo de Esperanza Rivera Salmerón, cuyo título «Que los dos somos un alma / que se partió en dos mitades: en torno a la amistad en la comedia española del Siglo de Oro» ya advierte su temática central. En él, la investigadora demuestra con rigurosidad la notable aparición del motivo de la amistad en numerosas obras pertenecientes a la denominada comedia nueva.

Matei Chihai une a dos grandes narradores en «La promesa de felicidad en Proust y Miró». Con la perspectiva propia de la romanística germánica, Chiaia relaciona las obras de Marcel Proust y de Gabriel Miró, frecuentemente puestas tratadas en paralelo. Los modelos decimonónicos comunes explican las afinidades estéticas de los dos grandes de las letras francesas y españolas. Entre ellos, Stendhal ocupa un lugar especial. Su sentencia sobre la belleza como una «promesa de felicidad» que cambia según el tipo de felicidad esperado en diferentes épocas y lugares, aparece en varios pasajes de *En busca del tiempo perdido* y de *El obispo leproso*. El uso narrativo del aforismo estético le añade nuevos contextos: mientras que Proust lo interpreta a la luz del impresionismo y a la sombra de la antropología moralista, Miró contrasta la «promesa de felicidad» con la promesa de salvación cristiana. La romanística se confirma, así, como territorio privilegiado para el comparatismo más fecundo.

Henar Velasco López comenta el mito de Apolo y Dafne (con la posible alusión al de Níobe) con una metodología que combina dos facetas de la Filología Clásica: los estudios mitológicos y los de Tradición Clásica. En su estudio «El Guardabarrera, Segunda Metamorfosis de Andrea Camilleri» indaga la recreación que el novelista italiano ha llevado a cabo de un mito grecolatino cuyas sombras trágicas definen la felicidad por negación, aunque la cumplan de un modo misterioso en la metamorfosis. Ese último procedimiento narrativo y poético es un universal compartido por la cultura clásica y la contemporánea. Constata las actualizaciones y pervivencias de los relatos grecolatinos en el despliegue textual de Camilleri, que incluye una trilogía de ficción cuyas culminaciones tienden al

final feliz del cuento popular. Raquel Lanseros Sánchez, por su parte, recorre los universos felices desde la especificidad de las voces femeninas de la última poesía en su aportación «La evolución identitaria de las poetisas en español en el siglo XX: el concepto de felicidad». En ella se tratan los temas esenciales que han forjado las voces de seis mujeres, en un itinerario que va desde el ámbito de lo público a la esfera de lo privado. En este mosaico de literaturas comparadas que aspira a una representación ideal de la totalidad, el vasto dominio de las letras hispanoamericanas está representado por el trabajo de Begoña Alonso Monedero, que se centra en la narrativa de Clara Obligado. Con el título de «Felicidad y *poiesis* en la narrativa de Clara Obligado: modelo para armar», demuestra la investigadora cómo la autora argentino-española no solo tiene la condición de puente entre ambas orillas de nuestro idioma, sino que ha elaborado una narrativa originalísima en la que la felicidad ocupa una posición única. La relación entre la idea de felicidad y el concepto griego de *poiesis* se ponen al servicio, pues, de un modelo para armar.

Antonio Portela Lopa se centra en las palabras de los poetas que reclaman una vida plena en «El léxico de la felicidad y de la lentitud en la didáctica de dos poetas: Alfonso Canales y Luis Antonio de Villena». La disparidad de las poéticas de estos dos creadores ofrece dos núcleos léxicos sobre los que se sustentan dos opciones éticas que comparten el mismo fin. La felicidad, en ocasiones, procede precisamente de las pieles más desgastadas del mal. Así lo demuestra Marta López Vilar en el artículo «El camino délfico: transformación y plenitud del futuro en la escritura de las *Elegies de Bierville* de Carles Riba», donde examina cómo desde la herida provocada por el exilio el poeta catalán inicia una particular búsqueda de un origen extinto, siempre con vistas a un futuro que termina resultando, aunque indefinido, esperanzador.

El carácter elegíaco que caracteriza la producción poética de Carles Riba, entonces, no resulta tan distante del que signó los primeros libros de Eloy Sánchez Rosillo. Sin embargo, a partir de la publicación de *La certeza* (2005) una estética celebratoria e himnica ha caracterizado toda su última poesía. De su estudio y los motivos que la integran se ocupa Borja Cano Vidal en «Un pacto con la felicidad: resistencias íntimas en la última poesía de Eloy Sánchez Rosillo», donde concluye que los recuerdos estivales de su niñez y los numerosos pájaros que por ellos transitan componen, principalmente, la poética feliz en la poesía del murciano.

Por último, el artículo de Alejandro Simón Partal, «Resacralización para un tercer milenio posible: liturgia en la poesía última española» se adentra en uno de los signos del nuevo milenio: la espiritualidad o el retorno a lo sagrado en la poesía más reciente. El poema como unidad textual plena es también el lugar para una felicidad que fue frecuentada con altura insuperable en nuestros Siglos de Oro. Lo que en su momento se llamó mística quizá tenga ahora el nombre de felicidad lograda para aquellos que no temen escribir el nombre de Dios en la cultura más audaz. El artículo, a modo casi de ensayo defiende que el poema albergue el fundamento de una vida más amplia, más plural, menos predecible. Rebeldía, honestidad y valentía, muestran, a juicio de su autor, el lado ético, incluso político de esta nueva escritura.

Concluimos este panorama de los nombres de la felicidad (clásicos y contemporáneos, occidentales y orientales, selectos y castizos, religiosos y políticos) con una evocación de lo que quizá sea ya un clásico de la última música popular española. En un acercamiento terminológico a los textos artísticos que han cantado este asunto no desentonará el pareado asonante de La Cabra Mecánica, que al mismo tiempo celebraba la belleza del nombre y lamentaba la ausencia de la cosa, con una simbología alegórica que dice sencillamente el más universal de los anhelos humanos: «Felicidad, qué bonito nombre tienes / Felicidad, vete tú a saber dónde te metes».

TROPELIÁS